

# Vuelcos del destino

Xiomara Palacio López

Dicen que nada en esta vida es casualidad, que todo pasa por una razón. No sé si es cuestión de Dios, del destino o un accidente cósmico, pero creo que todas nuestras acciones y decisiones están bajo el principio de causa-efecto.

Era un día lluvioso en Bogotá, y estaba en la ruta escolar esperando con ansias llegar a mi casa para acostarme a dormir. Cuando llegué, lo primero que hice fue ir a saludar a mi mamá. Estaba acostada con un calambre en las piernas. Esto era “normal”, típico de un día frío en esta ciudad. Me quedé dormida mientras veía televisión con ella. Cuando desperté, mi madre estaba llorando del dolor. Me asusté y le dije que fuéramos a urgencias pero no quiso. Decía que se le pasaría.

Así transcurrieron varios días y semanas hasta que un día no podía mover su pierna izquierda. Inmediatamente nos fuimos para la clínica donde la dejaron en observación. Recuerdo que eran las diez de la noche y tenía que hacer un trabajo para el día siguiente. Solo estábamos mi mamá y yo pues mi hermana vivía en Argentina y mi madre recientemente se había separado de su pareja. Yo era su único apoyo.

Durante el tiempo que estuvo en observación todo parecía estar en orden. Luego, el dolor comenzó otra vez, pero en esta ocasión sentía como si la chuzaran. En este punto los médicos decidieron hacerle un doppler para descartar cualquier complicación, lo cual condujo al diagnóstico. Mi mamá tenía un trombo en una vena de la pierna izquierda, lo que los médicos denominaron trombosis venosa profunda. Estaban desconcertados pues decían que una mujer de 36 años no debería presentar esta enfermedad. Mi mamá estaba muy asustada, pero quizá yo lo estaba mucho más. No sabía qué decir, qué hacer, ni cómo consolarla. Recuerdo que le di un abrazo y le dije que todo iba a estar bien. Nos pusimos a orar y esta noche la pasamos en la clínica.

El tratamiento fue con anticoagulantes. Esta experiencia fue muy traumática al principio ya que debía aplicarse el medicamento por medio de inyecciones intramusculares cada doce horas, debajo del ombligo. Las tres primeras dosis se las apliqué yo. Aunque sudaba y me temblaban las manos, debía mostrar seguridad para transmitírsela a mi mamá. Durante la primera semana de tratamiento no fui al colegio hasta que mi abuela llegó a acompañarnos. Para que el trombo desapareciera, el tratamiento tuvo que ser agresivo. Al cabo de seis meses y después de terminar con las inyecciones, volvieron a hacerle un doppler y afortunadamente ya todo estaba normal. Sin embargo, debía estar en controles periódicos y no podía usar tacones durante un año.

Debido a la gran inversión que mi mamá tuvo que hacer por su salud (ya que el tratamiento fue costoso), al frío poco favorable para su salud y al hecho de sentirse sola tras la separación, mi mamá decidió hablar conmigo. Me comentó que no se sentía bien en Bogotá, que tampoco le gustaba que estuviéramos solas. En ese momento estaba cursando décimo grado, pensaba que en un año me graduaría y estaría en la universidad. Pero por otro lado, mi mamá estaba aburrida. No lo dudé y le dije que nos devolviéramos para Cali. Volvería a mi colegio de la infancia y me graduaría con mis amigas. Aunque en el fondo de mi corazón no quería irme de Bogotá, no podía ser egoísta, ni poner mis motivaciones por encima de la persona que me lo ha dado todo y ha estado siempre guiándome.

Este es quizá uno de los acontecimientos más significativos de mi vida. No solo por el cambio de ciudad y de vida sino porque este hecho me unió de una forma única con mi mamá, me hizo valorarla más y ver que todos los seres humanos somos vulnerables ante la enfermedad. Y es en esta situación donde necesitamos el apoyo de nuestros seres queridos.